

Una fresca mañana de Abril, Marina se acercó a la playa para dar un paseo. El cielo estaba completamente nublado pero no le importó porque lo único que quería era sentir la arena húmeda bajo sus pies.

Mientras observaba las enormes nubes grisáceas, iba dando un largo paseo por la orilla, mojándose los pies cada vez que se acercaba alguna ola.

De repente una enorme ola reventó a su lado y se mojó los pantalones, que, cuidadosamente había remangado para no mojárselos.

Como estaba ya muy mojada se sentó, terminándose de empapar por completo. Cerró los ojos y se puso a escuchar el canto de las olas al reventar. Se acercaban a ella y le rozaban, dejando un rastro de sal y humedad a su paso.

Poco a poco, el canto se fue volviendo llanto y Marina se dio cuenta de que el mar le estaba hablando. En su llanto oía el lamento de los seres que lo habitan, su sollozo e impotencia ante lo que el ser humano estaba provocando sin remordimiento alguno.

De pronto, como si quisieran unir a este canto de protesta, comenzaron a caer gotas de lluvia, cada vez más fuertes, haciéndose escuchar.

Marina comprendió aquel mensaje que el mar y la lluvia transmitían y dejó que se empaparan sus sentidos, sintiendo caer cada gota de lluvia como si se tratara de su propia sangre.

Abrió los ojos contenta y dispuesta a actuar porque estaba segura de que no había sido la única persona en entender aquello.

Pero al mirar a su alrededor vio como la gente corría a guardarse de aquella lluvia “tan molesta” que les mojaba impidiéndoles continuar su camino. El camino hacía una vida indiferente ante la inminente destrucción del medio maravilloso que nos rodea.